

Plaza de Armas

LA ESTATUA DE CESPEDES Y LA DE FERNANDO VII

por el Dr. Enrique Gay Calbó.

Ciento veintiún años ha permanecido en la Plaza de Armas de la capital de Cuba la estatua de Fernando VII. En 1834 la hizo colocar allí frente al palacio de los capitanes generales de la Colonia, el Gral. Miguel Tacón. Fué obra del escultor Antonio Solá, y según los enterados parece que no es del todo mal ejemplar en el aspecto artístico. Algunas peripecias sugirió la estatua al través de su permanencia en ese lugar, pues desde hace mucho tiempo le falta un pedazo de la característica nariz borbónica, y el cetro sostenido en la mano derecha se partió y está ahora sujeto con un tornillo. Es que ni los monarcas más poderosos pueden eludir las acometidas de las horas que se acumulan hasta hacerse incontables, a la vez que los ataques de la intemperie en el largo desfile de lluvias y ventoleras inmisericordes.

La estatua no fué debida al general Tacón, sino al intendente de Hacienda cubano de nombre Claudio Martínez de Pinillos, primer conde de Villanueva.

Intentó Martínez de Pinillos demostrar la adhesión profunda que sentía hacia su amo el rey de España, y puso en movimiento y contribución a los comerciantes, banqueros, hacendados, navieros y funcionarios que en la oficina de Hacienda resolvían y habían resuelto cuantiosos asuntos, con lo que sin dilación reunió lo necesario para pagar a un buen artista que le hiciera una estatua decorosa del Borbón hijo de Carlos IV. Destinaba para el monumento

el espacioso patio del admirable edificio en que frente al mar se hallaba la Intendencia, precisamente el mismo impiadosamente derribado, hace pocos años , al impulso de la dinamita para fabricar el que hoy ocupa el Estado Mayor de la Marina de Guerra de la República.

Era Martínez de Pinillos un funcionario de suerte excepcional en una época de ascensiones y caídas meteóricas. Cuando los capitanes generales de Cuba se sucedían sin interrupción, según el va-pricho de los reyes o el interés de sus camarillas, él soportaba victorioso los cambios de humor del jefe de la monarquía y hasta se aventuraba sin riesgo a contrarias al militarote de turno dueño y señor de esta isla con mando castrense de plaza sitiada. El secreto de tan incommovible situación consistía en las remesas constantes de muy apetecibles millones con rumbo hacia cajas del monarca absoluto. Hasta media centuria antes, o menos, había sido necesario el envío de los famosos situados con que el virreinato de la Nueva España contribuía en Cuba y en estas islas a la defensa del imperio colonial. Desde la independencia de los países americanos, fué dejada la Colonia a sus propios recursos, y muy pronto se descubrió la industria productiva de los sobrantes. Todo lo que sobrara de la recaudación de los infinitos impuestos era enviado a Madrid. Este descubrimiento ocurrió en los felices días de Fernando VII, quien había tenido también la gloria de dar fin a la herencia territorial americana dejada por sus mayores.

Los maestros más experimentados y útiles en la aplicación de los sobrantes, a lo menos en aquellas iniciales fechas, fue-



ron Alejandro Ramírez y Claudio Martínez de Pinillos. Ramírez atendió con creces a las necesidades metropolitanas y a la vez a los inmensos gastos de las expediciones de reconquistas que salieron de Cuba contra México y otras provincias independizadas. Martínez de Pinillos fué proveedor sin tasa del insaciable huésped del palacio real. En cambio, tenían una tácita autorización para las más estupendas negociaciones, como las tuvieron, entre otros, el conde de Ricla y el después primer conde de Revillagigedo, opulentísimos magnates enriquecidos en Cuba durante el siglo XVIII, Martínez de Pinillos lo fiscalizaba todo en la vida económica nacional: la importación y la exportación, el tráfico negrero, las transacciones del mercado, los transportes, la producción del país, y los RESCATES, como se llamó en los primeros siglos, al contrabando. En una sola mano, y con poderes omnímodos, tan pródigos manantiales de fortuna habían de dar al conde de Villanueva la fuerza inconstatable que siempre disfrutó.

Pero este conde de Villanueva, que acabó disgustado con Miguel Tacón y logró al fin su relevo, en los días en que llegó recién acabadita y completa la estatua de Fernando VII estaba bien avenido con el Capitán General y accedió a los deseos de éste de situar el flamante monumento en la Plaza de Armas, lugar que estaba sólo destinado al desfile de tropas y al cambio de la guardia de los distintos mandos militares. Lo que pudo ser homenaje en un intendente de Hacienda reverente y agradecido se trocaba en un acto de servidumbre colonial, con satisfacción y mérito para el jefe máximo y para los negociantes contribuyentes. Nunca hasta entonces había sido aquella plaza de estatua, y la

de Fernando VII vino a modificar su fisonomía.

Allí estuvo el padre de la reina DE LOS TRISTES DESTINOS. La nariz quedó incompleta a consecuencia de una ráfaga o de un golpe, y el suceso parece estar a extramuros de la historia porque nadie tiene idea de cuándo ocurrió. El cetro se tornó en un trozo de mármol reconstruido. Pero mantenía erecto y pugnaz el cetro. Y el manto real, el collar del toisón de oro y la arrogancia que el artista insufló en la figura, eran como la representación de otros tiempos idos casi de la memoria de los hombres de hoy. Después de Fernando, el carlismo ensangrentó las tierras peninsulares, cayó su última esposa María Cristina y vino Espartero, reinó Isabel II con su cohorte de generales bonitos y de espadones, ocurrió el destronamiento, y luego la exaltación de Amadeo de Saboya, y la República. Más tarde, la restauración borbónica. En Cuba, las conspiraciones, los intentos de rebeldía, las guerras de independencia, y por fin el gobierno propio. En la Plaza de Armas de La Habana seguía Fernando VII indiferente e imperturbable ante las mutaciones acaecidas en todo el que fué su vasto imperio. Es verdad que ni aún en los territorios peninsulares había quedado una sola huella escultórica de su paso por el mundo, pues en todas partes se había considerado como un respeto al pudor y a la dignidad de la especie humana suprimir cualquier vestigio suyo. Sin embargo, en La Habana era intangible el monumento que la gratitud interesada levantó al que entre sus méritos tuvo el de clausurar universidades y abrir academias de toreo, sin duda porque son más eficaces manifestaciones de la cultura que el hombre demuestra al vencer en LIMPIA lucha con las fieras.

Los hombres de Cuba, los que se estiman herederos de los forjadores de su independencia, se atrevieron a pedir que en la Plaza de Armas estuviera en efigie Carlos Manuel de Céspedes, el patriarca de la rebeldía victoriosa, primer Presidente de la República, en lugar de Fernando VII. Una ley, hasta ahora no derogada, dispone que así sea. Han pasado por la Alcaldía numerosos personajes, atentos algunos de ellos a engrandecer sus haciendas propias, como otros Ricas o Revillagigedos. Pero ninguno creyó prudente enfrentarse con el pasado que aquel cetro roto simboliza, ni resolver la posible malquerencia de los que en nuestros días puedan añorar las facultades omnímodas, del jefe militar de plaza sitiada. Así quedó en ridículo esa ley republicana, como en sus días se HUMEDECIERON al cruzar el mar las reales órdenes y las Leyes de Indias, que los virreyes y los capitanes generales acataban, veneraban hasta el extremo de ponerlas sobre sus cabezas y no cumplían.

...Y después de ciento veintiún años de estática ubicación en ese destacado sitio, y al cabo de más de treinta años de haber sido promulgada la ley para desplazar la estatua y poner allí la de Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, la Comisión del Cincuentenario de la República, el Ayuntamiento habanero y su Alcalde Justo Luis Pozo han hecho el traslado y la colocación de una digna y monumental obra, de estilo clásico, en homenaje al que vivió entre grandezas y supo morir peleando, después de haber comenzado la contienda libertadora y presidido la primera República y pasado sus últimos días en función voluntaria de maestro de escuela.

La alta calidad de hombre del nuevo personaje y el valor que el pueblo de Cuba le reconoce, auguran mayor permanencia, de siglos de

La alta calidad de hombre del nuevo personaje y el valer que el pueblo de Cuba le reconoce, auguran mayor permanencia, de siglos, de Carlos Manuel de Céspedes en la Plaza de Armas que también lleva su nombre y frente al palacio de los capitanes generales, que fué luego residencia del primer jefe del Estado cubano como nación independiente.

Acción Ciudadana, Santiago de Cuba, Enero-Feb. Marzo 1955.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA